





De un experto en demoliciones

CLÁSICOS|**B**erenice



Léon Bloy

*De un experto
en demoliciones*

Críticas para Le Chat Noir

*Prólogo y epílogo
Rubén Darío*

*Traducción
Teresa Lanero*



Berenice



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.»

Título original: *Propos d'un entrepreneur de démolitions*

© de la traducción: Teresa Lanero, 2014

© de esta edición, Berenice, 2014

www.editorialberenice.com

Primera edición: septiembre 2014

Editor:

David González Romero

Diseño:

Editorial Berenice

Maquetación y corrección:

Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:

Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-15441-62-5

Depósito legal: Co-1438-2014

IBIC: DNF

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

NOTA DEL EDITOR

Refiere Rubén Darío en 1895 que, de entre los pocos críticos que se habían ocupado hasta entonces de Léon Bloy, uno de ellos dijo que al publicar este libro, originalmente Propos d'un entrepreneur de démolitions (1884), sólo le quedaba una salida al joven autor, si no fuera por su condición de firme católico, y ésta era el suicidio. Este libro supone la primera prueba de cómo Léon Bloy adquirió su fama de «verdugo de la literatura contemporánea». En este temprano panorama crítico, que marcó su salida a la palestra literaria parisina, y una auténtica demolición de la misma —por razones que después veremos—, Bloy alimenta ya la propia leyenda de crítico intolerante, panfletario, dado al vituperio y «especialista de la injuria» —que diría Jorge Luis Borges—. Con la publicación seriada de sus célebres diarios, que comenzará una década más tarde, podemos ver cómo Bloy ejercerá de «mendigo ingrato» hasta casi el último de sus días, conjugando la dulzura piadosa y la furia del artista, y aludirá con fruición a los tópicos de su «abandono».

Entre los derribos de este libro: Hugo, Zola, Renan, Mendès, Dumas padre, Jules Vallès, Richepin, el pintor Willette, el papa León XIII (entre sus «favoritos» siempre)... y una

caterva de personajes hoy de segundo orden, pero en aquel momento afamados escritores católicos, directores de periódicos, ricos mecenas, acaudalados aspirantes a poeta, editores o compañeros críticos... En definitiva, lo suficientemente notables entonces como para ejercer una campaña de silencio en torno a semejante «niño terrible». Lógicamente se ganó la enemistad y, algo peor, el mutismo de la escena literaria por muchos años, y mantuvo durante décadas solamente una fama minoritaria y cambiante. Sus diarios son un rosario de amistades deshechas. Por ejemplo, todos aquellos «amigos» de los tiempos del cabaret El Gato Negro, excepcionalmente bien hallados en este libro (Salis, Goudeau o Rollinat), aparecen más tarde, en sus diarios, despedidos sin ninguna cortesía funeraria, cuando no directamente vilipendiados en el mismísimo último trance. Místico, lírico, pero a la vez libelista hasta la grosería y el vituperio, Rubén Darío dirá que Bloy no cometía exactamente injusticias sino «exceso de celo» en sus demoliciones.

Pero si la fama de mamporrero es limitada, ¿qué es por tanto lo que salva a Bloy hasta nuestros días? La única tabla de salvación a ese triste sino de escritor abandonado, silenciado por la crítica, será precisamente su enorme talento literario para defender una posición antimoderna, a veces fascinante y a veces realmente desfasada. Este libro es un precioso botón de muestra de ello —y en este punto hay que agradecer el espléndido trabajo de nuestra traductora, Teresa Lanero—. Con sus atinos y desatinos, la propia valía como excelente escritor hizo justicia y lo salvó del olvido postrero. Esa valía obligaba a Darío o al mismísimo Borges a releerlo continuamente, y ambos aplaudieron su calificativo como «el mejor prosista de Francia». Ya decía Remy de Gourmont

que Bloy pasaría a la gloria como uno de los mayores creadores de imágenes literarias, y Borges detectaba ese mismo encanto, llamándolo paradójicamente «profeta de lo demoníaco». «Su panfletismo salvaje es algo que repele», confesaba Ernst Jünger respecto a su lectura de los diarios de Bloy, pero hasta ese defecto se le viraba al filósofo alemán en voluptuosidad, y su lectura se convertía en un «espectáculo raro» en el que se alcanzan cotas tan altas incluso «desde las cloacas». «Bloy es como un espejo doble donde el diamante y el excremento van juntos... Contiene un auténtico arcanum contra el tiempo y sus desgastes».

De un experto en demoliciones, publicado originalmente en 1884, reúne las colaboraciones de Léon Bloy en *Le Chat Noir*, órgano artístico y literario del famoso cabaret homónimo, el Gato Negro, símbolo del París modernista de finales del siglo XIX. Bloy, conocido ya por su catolicismo intolerante y su talante radicalmente antimoderno, era entonces capaz de convivir «en la más ecléctica de las redacciones» y en los ambientes de la vanguardia artística más radical, junto a sus colegas *hydropatas*, los *hirsutos* o los *fumistas*. Él mismo militó en el club de *Les Hydropathes*, verdadero cabaret vanguardista, junto a su fundador, Émile Goudeau, poeta, además de primo de Bloy; y viajó en el trasvase de los *hydropatas* a la margen derecha del Sena, cuando el impulsor del célebre Gato Negro, Rodolphe Salis —«mi descubridor»—, le encargó a Goudeau la dirección literaria de la revista homónima del cabaret, *Le Chat Noir*. De hecho, serán estos poetas, periodistas, ilustradores, y especialmente el *chansonnier* Maurice Rollinat, los que se salven de la particular quema de este libro, aunque con salvedades y aviso a navegantes, claro está: «En cuanto a mí, un católico que posee el cinismo

y la intolerancia de la fe, acepto de buen grado escribir en los medios menos favorables. Me da igual inmiscuirme en la más ecléctica de las redacciones y no me ofendo en absoluto con las promiscuidades más heteróclitas. Se puede ser ateo o incluso socialista y estar a mi lado sin que me enfade, siempre y cuando no me toquen las narices».

LÉON BLOY,
por Rubén Darío

Je suis escorté de quelqu'un qui me chuchote sans cesse que la vie bien entendue doit être une continue persécution, tout vaillant homme un persécuteur, et que c'est la seule manière d'être vraiment poète. Persécuteur du genre humain, persécuteur de Dieu. Celui qui n'est pas cela, soit en acte, soit en puissance, est indigne de respirer.

Léon Bloy. Prefacio de *Propos d'un entrepreneur de démolitions*.

Cuando William Ritter llama a Léon Bloy «el verdugo de la literatura contemporánea» tiene razón.

Monsieur de París vive sombrío, aislado, como en un ambiente de espanto y de siniestra extrañeza. Hay quienes le tienen miedo; hay muchos que le odian; todos evitan su contacto, cual si fuese un lazarino, un apestado; la familiaridad con la muerte ha puesto en su ser algo de espectral y de macabro; en esa vida lívida no florece una sola rosa. ¿Cuál es su crimen? Ser el brazo de la justicia. Es el hom-

bre que decapita por mandato de la ley. Léon Bloy es el voluntario verdugo moral de esta generación, el *monsieur* de París de la literatura, el formidable e inflexible ejecutor de los más crueles suplicios; él azota, quema, raja, empala y decapita; tiene el *knut* y el cuchillo, el aceite hirviente y el hacha; más que todo, es un monje de la Santa Inquisición, o un profeta iracundo que castiga con el hierro y el fuego y ofrece a Dios el chirrido de las carnes quemadas, las disciplinas sangrientas, los huesos quebrantados, como un homenaje, como un holocausto. «¡Hijo mío predilecto!», le diría Torquemada.

Jamás veréis que se le cite en los diarios; la prensa parisiense, herida por él, se ha pasado la palabra de aviso: «Silencio».

Lo mejor es no ocuparse de ese loco furioso; no escribir su nombre, relegar a ese vociferador al manicomio del olvido... Pero resulta que el loco clama con una voz tan tremenda y tan sonora que se hace oír como un clarín de la Biblia. Sus libros se solicitan casi misteriosamente; entre ciertas gentes su nombre es una mala palabra; los señalados editores que publican sus obras se lavan las manos; Tresse, al dar a luz *Propos d'un entrepreneur de démolitions*, se apresura a declarar que Léon Bloy es un rebelde y que si se hace cargo de su obra, «no acepta de ninguna manera la solidaridad de esos juicios o de esas apreciaciones, encerrándose en su estricto deber de editor y de *marchand de curiosités littéraires*».

Léon Bloy sigue adelante, cargado con su montaña de odios, sin inclinar su frente una sola línea. Por su propia voluntad se ha consagrado a un cruel sacerdocio. Clama sobre París como Isaías sobre Jerusalén: «¡Príncipes de

Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra!». Es ingenuo como un primitivo, áspero como la verdad, robusto como un sano roble. Y ese hombre que desgarrar las entrañas de sus víctimas, ese salvaje, ese poseído de un deseo llameante y colérico, tiene un inmenso fondo de dulzura, lleva en su alma fuego de amor de la celeste hoguera de los serafines. No es de estos tiempos. Si fuese cierto que las almas transmigran, diríase que uno de aquellos fervorosos combatientes de las Cruzadas, o más bien uno de los predicadores antiguos que arengaban a los reyes y a los pueblos corrompidos, se ha reencarnado en Léon Bloy para venir a luchar por la ley de Dios y por el ideal en esta época en que se ha cometido el asesinato del Entusiasmo y el envenenamiento del alma popular. Él desafía, desenmascara, injuria. Desnudo de deshonoras y de vicios, en el inmenso circo, armado de su fe, provoca, escupe, desjarreta, estrangula las más temibles fieras: es el gladiador de Dios. Mas sus enemigos, los «espadachines del Silencio», pueden decirle, gracias a la incomparable vida actual: «Los muertos que vos matáis gozan de buena salud».

¡Ah, desgraciadamente es la verdad! Léon Bloy ha rugido en el vacío. Unas cuantas almas han respondido a sus clamores; pero mucho es que sus propósitos de demoledor, de perseguidor, no le hayan conducido a un verdadero martirio bajo el poder de los Dioclecianos de la canalla contemporánea. Decir la verdad es siempre peligroso, y gritarla de modo tremendo como este inaudito campeón es condenarse al sacrificio voluntario. Él lo ha hecho; y tanto, que sus manos capaces de desquijarar leones se han ocupado en apretar el pescuezo de más de un perrillo de cor-

tesana. He dicho que la gran venganza ha sido el silencio. Se ha querido aplastar con esa plancha de plomo al sublevado, al raro, al que viene a turbar las alegrías carnavalescas con sus imprecaciones y clarinadas. Por eso la crítica oficial ha dejado en la sombra sus libros y sus folletos. De ellos quiero dar siquiera sea una ligera idea.

¡Este Isaías, o mejor, este Ezequiel, apareció en el *Chat Noir*!

Llego de tan lejos como de la luna, de un país absolutamente impermeable a toda civilización como a toda literatura. He sido nutrido en medio de bestias feroces, mejores que el hombre, y a ellas debo la poca benignidad que se nota en mí. He vivido completamente desnudo hasta estos últimos tiempos y no he vestido decentemente sino hasta que entré en el *Chat Noir*.¹

Fue Rodolfo Salis, *le gentil homme cabaretier*, quien le ayudó a salir a flote en el revuelto mar parisiense.

Escribió en el periódico del *cabaret* famoso, y desde sus primeros artículos se destacaron su potente originalidad y su asombrosa bravura. Entre las canciones de los cancioneros y los dibujos de Villette crepitaban los carbones encendidos de sus atroces censuras; esa crítica no tenía precedentes; esos libelos resplandecían; ese bárbaro abofeteaba con manopla de un hierro antiguo; jinete inaudito, en el caballo de Saulo, dejaba un reguero de chispas sobre los guijarros de la polémica. Sorprendió y asustó.

¹ «El décimo círculo del infierno.»

Lo mejor, para algunos, fue tomarlo a risa. ¡Escribía en el *Chat Noir!* Pero llegó un día en que su talento se demostró en el libro: el articulista *cabaretier* publicó *Le Révélateur du Globe*, y ese volumen tuvo un prólogo nada menos que de Barbey d'Aurevilly.

Sí, el condestable presentó al verdugo. El conde Roselly de Lorgues había publicado su *Historia de Cristóbal Colón* como un homenaje; y al mismo tiempo como una protesta por la indiferencia universal para con el descubridor de América. Su obra no tuvo el triunfo que merecía en el público ebrio y sediento de libros de escándalo; en cambio, Pío IX la tomó en cuenta y nombró a su autor postulante de la Causa de Beatificación de Cristóbal Colón cerca de la Sagrada Congregación de los Ritos. La historia escrita por el conde Roselly de Lorgues y su admiración por el *Revelador del Globo* inspiraron a Léon Bloy ese libro que, como he dicho, fue apadrinado por el nobilísimo y admirable Barbey d'Aurevilly. Barbey aplaudió al «oscuro», al olvidado de la crítica. Hay que advertir que Léon Bloy es católico, apostólico, romano, intransigente, acerado y diamantino. Es indomable e inrayable, y en su vida íntima no se le conoce la más ligera mancha ni sombra. Por tanto, repito, estaba en la oscuridad, a pesar de sus polémicas. No había nacido ni nacería el onagro con cuya piel pudiera hacer sonar su bombo en honor del autor honrado el periodismo prostituido.

La fama no prefiere a los católicos. Hello y Barbey han muerto en una relativa oscuridad. Bloy, con hombros y puños, ha luchado por sobresalir ¡y apenas lo ha logrado! En su *Revelador del Globo* canta un himno a la religión, celebra la virtud sobrenatural del navegante, ofrece a la

Iglesia del Cristo una palma de luz. Barbey se entusiasmó, no le escatimó sus alabanzas, le proclamó el más osado y verecundo de los escritores católicos y le anunció el día de la victoria, el premio de sus bregas. Le preconizó vencedor y famoso. No fue profeta. Rara será la persona que, no digo entre nosotros, sino en el mismo París, si le preguntáis: «*Avez-vous lu Baruch?*», ¿ha leído usted algo de León Bloy?», responda afirmativamente. Está condenado por el papado de lo mediocre; está puesto en el índice de la hipocresía social; y literariamente tampoco cuenta con simpatías, ni logrará alcanzarlas, sino en número bastante reducido. No pueden saborearle los asiduos gustadores de los jarabes y vinos de la literatura a la moda, y menos los comedores de pan sin sal, los porosos fabricantes de crítica exegética, cloróticos de estilo, raquíuticos o cacoquimios. ¡Cómo alzará las manos, lleno de espanto, el rebaño de afeminados al oír los truenos de Bloy, sus fulminantes escatologías, sus «cargas» proféticas y el estallido de sus bombas de dinamita fecal!

Si el *Revelador del Globo* tuvo muy pocos lectores, los *Propos*, con el atractivo de la injuria, circularon aquí, allá; la prensa, naturalmente, ni media palabra. Aquí se declara Bloy, el perseguidor y el combatiente. Vese en él un ansia de pugilato, un goce de correr a la campaña, semejante al del caballo bíblico, que relincha al oír el son de las trompetas. Es poeta y es héroe y pone al lado del peligro su fuerte pecho. Él escucha una voz sobrenatural que le impulsa al combate. Como san Macario Romano, vive acompañado de leones, mas son los suyos fieros y sanguinarios y los arroja sobre aquello que su cólera señala.

Este artista —porque Bloy es un grande artista— se

lamenta de la pérdida del entusiasmo, de la frialdad de estos tiempos para con todo aquello que por el cultivo del ideal o los resplandores de la fe nos pueda salvar de la banalidad y sequedad contemporánea. Nuestros padres eran mejores que nosotros, tenían entusiasmo por algo; buenos burgueses de 1830, valían mil veces más que nosotros. Foy, Béranger, la Libertad, Víctor Hugo eran motivos de lucha, dioses de la religión del Entusiasmo. Se tenía fe, entusiasmo por alguna cosa. Hoy es el indiferentismo como una anquilosis moral; no se aspira con ardor en nada, no se aspira con alma y vida a ideal alguno. Eso, poco más o menos, piensa el nostálgico de los tiempos pasados, que fueron mejores.

Una de las primeras víctimas de *Propos*, elegida por el Sacrificador, es un hermano suyo en creencias, un católico que ha tenido en este siglo la preponderancia de guerrero oficial de la Iglesia, por decir así, Luis Veuillot. A los veintidós días de muerto el redactor de *L'Univers* publicó Bloy en la *Nouvelle Revue* una formidable oración fúnebre, una severísima apreciación sobre el periodista mimado de la curia. Naturalmente, los católicos inofensivos protestaron, y el innumerable grupo de partidarios del célebre difunto señaló aquella producción como digna de reproches y excomuniones. Bloy no faltó a la caridad —virtud real e imperial en la tierra y en el cielo—, lo que hizo fue descubrir lo censurable de un hombre que había sido elevado a altura inconcebible por el espíritu de partido y endiosado a tal punto que apagó con sus aureolas artificiales los rayos de astros verdaderos como los de Hello y Barbey. Bloy no quiere, no puede permanecer con los labios cerrados delante de la injusticia; señaló al orgulloso, hizo resaltar una vez más la carniceril estupidez de la opinión

—esfinge con cabeza de asno, que dice Pascal— y demostró las flaquezas, hinchazones, ignorancia, vanidades, injusticias y aun villanías del celebrado y triunfante autor del *Perfume de Roma*. Si a los de su gremio trata implacable Léon Bloy, con los declarados enemigos es dantesco en sus suplicios; a Renán, ¡al gran Renán!, le empala sobre el bastón de la pedantería; a Zola le sofoca en un ambiente sulfhídrico. Grandes, medianos y pequeños son medidos con igual rasero. Todo lo que halla al alcance de su flecha lo ataca ese sagitario del moderno Bajo Imperio social e intelectual. Poctevin, a quien él con clara injusticia llama «un *monsieur* Francis Poctevin», sufre un furibundo vapulero; Alejandro Dumas, padre, es el «hijo mayor de Caín»; a Nicolardet le revuelca y golpea a puntapiés; con Richepin es de una crueldad horrible; con Jules Vallès, despreciativo e insultante; flagela a Willette, a quien había alabado, porque prostituyó su talento en un dibujo sacrílego; no es miel la que ofrece a Coquelin Cadet; al padre Didon le presenta grotesco y malo; a Catulle Mendès..., ¡qué pintura la que hace de Mendès!; con motivo de una estatua de Coligny, recordando *La cólera del bronce*, de Hugo, en su prosa renueva la protesta del bronce colérico..., azota a Flor O'Squarr, novelista anticlerical; la francmasonería recibe un aguacero de fuego. Hay alabanzas a Barbey, a Rollinat, a Godeau, a muy pocos. Bloy tiene el elogio difícil. De *Propos* dice con justicia uno de los pocos escritores que se hayan ocupado de Bloy, que son el testamento de un desesperado y que después de escribir ese libro no habría otro camino para su autor, si no fuese católico, que el del suicidio. No hay en Léon Bloy injusticia, sino exceso de celo. Se ha consagrado a aplicar a la sociedad actual los

cauterios de su palabra nerviosa e indignada. Dondequiera que encuentra la enfermedad la denuncia. Cuando fundó *Le Pal*, despedazó como nunca. En este periódico, que no alcanzó sino a cuatro números, desfilaban los nombres más conocidos de Francia bajo una tempestad de epítetos corrosivos, de frases mordientes, de revelaciones aplastadoras. El lenguaje era una mezcla de deslumbrantes metáforas y bajas groserías, verbos impuros y adjetivos estercolarios. Como a todos los grandes castos, a Léon Bloy le persiguen las imágenes carnales, y a semejanza de poetas y videntes como Dante y Ezequiel, levanta las palabras más indignas e impronunciabiles y las engasta en sus metálicos y deslumbrantes períodos.

Le Pal es hoy una curiosidad bibliográfica, y la muestra más flagrante de la fuerza rabiosa del primero de los «panfletistas» de este siglo.

Llegamos a *El Desesperado*, que es, a mi entender, la obra maestra de Léon Bloy. Más aun: juzgo que ese libro encierra una dolorosa autobiografía, *El Desesperado* es el autor mismo, y grita denostando y maldiciendo con toda la fuerza de su desesperación.

En esa novela, a través de seudónimos transparentes y de nombres fonéticamente semejantes a los de los tipos originales, se ven pasar las figuras de los principales favoritos de la gloria literaria actual, desnudos, con sus lunares, cicatrices, lacras y jorobas. Marchenoir, el protagonista, es una creación sombría y hermosa al lado de la cual aparecen los condenados por el inflexible demoledor como cadena de presidiarios. Esos galeotes tienen nombres ilustres: se llaman Paul Bourget, Sarcey, Daudet, Catulle Mendès, Armand Silvestre, Jean Richepin, Bergerat, Jules Vallès,

Wolff, Bounetain y otros, y otros. Nunca la furia escrita ha tenido explosión igual.

Para Bloy no hay vocablo que no pueda emplearse. Brotan de sus prosas emanaciones asfixiantes, gases ahogadores. Pensaríase que pide a Ezequiel una parte de su plato en la plaza pública... Y en medio de tan profunda rabia y ferocidad indomable, ¡cómo tiembla en los ojos del monstruo la humedad divina de las lágrimas; cómo ama el loco a los pequeños y humildes; cómo dentro del cuerpo del oso arde el corazón de Francisco de Asís! Su compasión envuelve a todo caído, desde Caín hasta Bazaine.

Esa pobre prostituta que se arrepiente de su vida infame y vive con Marchenoir, como pudiera vivir María Egipcíaca con el monje Zósimo, en amor divino y plegaria, supera a todas las Magdalenas. No puede pintarse el arrepentimiento con mayor grandeza, y Léon Bloy, que trata con hondo afecto la figura de la desgraciada, en vez de escribir obra de novelista, ha escrito obra de hagiógrafo, igualando en su empresa, por fervor y luces espirituales, a un Evagrio del Ponto, a un san Atanasio, a una santa y una mártir: jamás del estiércol pudiera brotar flor más digna del paraíso. Y Marchenoir es la representación de la inmortal virtud, de la honradez eterna, en medio de las abominaciones y de los pecados; es Lot en Sodoma. *El Desesperado*, como obra literaria, encierra, fuera del mérito de la novela, dos partes magistrales: una monografía sobre la Cartuja y un estudio sobre el simbolismo en la Historia que Charles Morice califica de «único» muy justamente.

Un breelan d'excommuniés, tríplico soberbio, las imágenes de tres excomulgados: Barbey d'Aurevilly, Ernest Hello, Paul Verlaine: *el Niño terrible, el Loco y el Leproso*. ¿No existe

en el mismo Bloy un algo de cada uno de ellos? Él nos presenta a esos tres seres prodigiosos; Barbey, el dandi gentilhombre, a quien se llamó «el duque de Guisa de la literatura», el escritor feudal que ponía encajes y galones a su vestido y a su estilo, y que por noble y grande hubiera podido beber en el vaso de Carlomagno; Hello, que poseyó el verbo de los profetas y la ciencia de los doctores; Verlaine, *Pauvre Lelian*, el desventurado, el caído, pero también el armonioso místico, el inmenso poeta del amor inmortal y de la Virgen. Ellos son de aquellos raros a quienes Bloy quema su incienso, porque al par que han sido grandes, han padecido naufragios y miserias.

Como una continuación de su primer volumen sobre el *Revelador del Globo*, publicó Bloy, cuando el duque de Veragua llevó a la tauromaquia a París, su libro *Christophe Colombo devant les taureaux*. El honorable ganadero de las Españas no volverá a oír sobre su cabeza ducal una voz tan terrible hasta que escuche el clarín del día del juicio. En ese libro alternan sonos de órgano con chasquidos de látigos, himnos cristianos y frases de Juvenal; con un encarnizamiento despiadado se asa al noble taurófilo en el toro de bronce de Falaris. La Real Academia de la Historia, Fernández Duro, el historiógrafo *yankee* Harisses, son también objeto de las iras del libelista. Dé gracias a Dios el que fue mi buen amigo don Luis Vidart de que todavía no se hubiesen publicado en aquella ocasión sus folletos anti-colombinos. Bloy se proclamó caballero de Colón, en una especie de sublime quijotismo, y arremetió contra todos los enemigos de su santo genovés.

Y he aquí una obra de pasión y de piedad, *La caballera de la muerte*. Es la presentación apologética de la blanca

paloma real sacrificada por la Bestia revolucionaria, y al propio tiempo la condenación del siglo pasado, «el único siglo indigno de los faltos de nuestro planeta, dice William Ritter, siglo que sería preciso poder suprimir para castigarle por haberse rebajado tanto». En estas páginas, el lenguaje, si siempre relampagueante, es noble y digno de todos los oídos.

El panegirista de María Antonieta ha elevado en memoria de la reina guillotizada un mausoleo heráldico y sagrado, al cual todo espíritu aristocrático y superior no puede menos que saludar con doloroso respeto.

Los dos últimos libros de Bloy son *Le Salut par les juifs* y *Sueur de sang*.

El primero no es, por cierto, en favor de los perseguidos israelitas; mas también los rayos caen sobre ciertos malos católicos: la caridad frenética de Bloy comienza por casa. El segundo es una colección de cuentos militares, y que son a la guerra francoprusiana lo que el aplaudido libro de d'Esparbés a la epopeya napoleónica; con la diferencia de que allá os queda la impresión gloriosa del vuelo del águila de la leyenda, y aquí la Francia suda sangre... Para dar una idea de lo que es esta reciente producción, baste con copiar la dedicatoria:

A LA MÉMOIRE DIFFAMÉE
DE
FRANÇOIS-ACHILLE BAZAINE
MARÉCHAL DE L'EMPIRE
QUI PORTA LES PÉCHÉS DE TOUTE LA FRANCE

Están los cuentos basados en la realidad, por más que

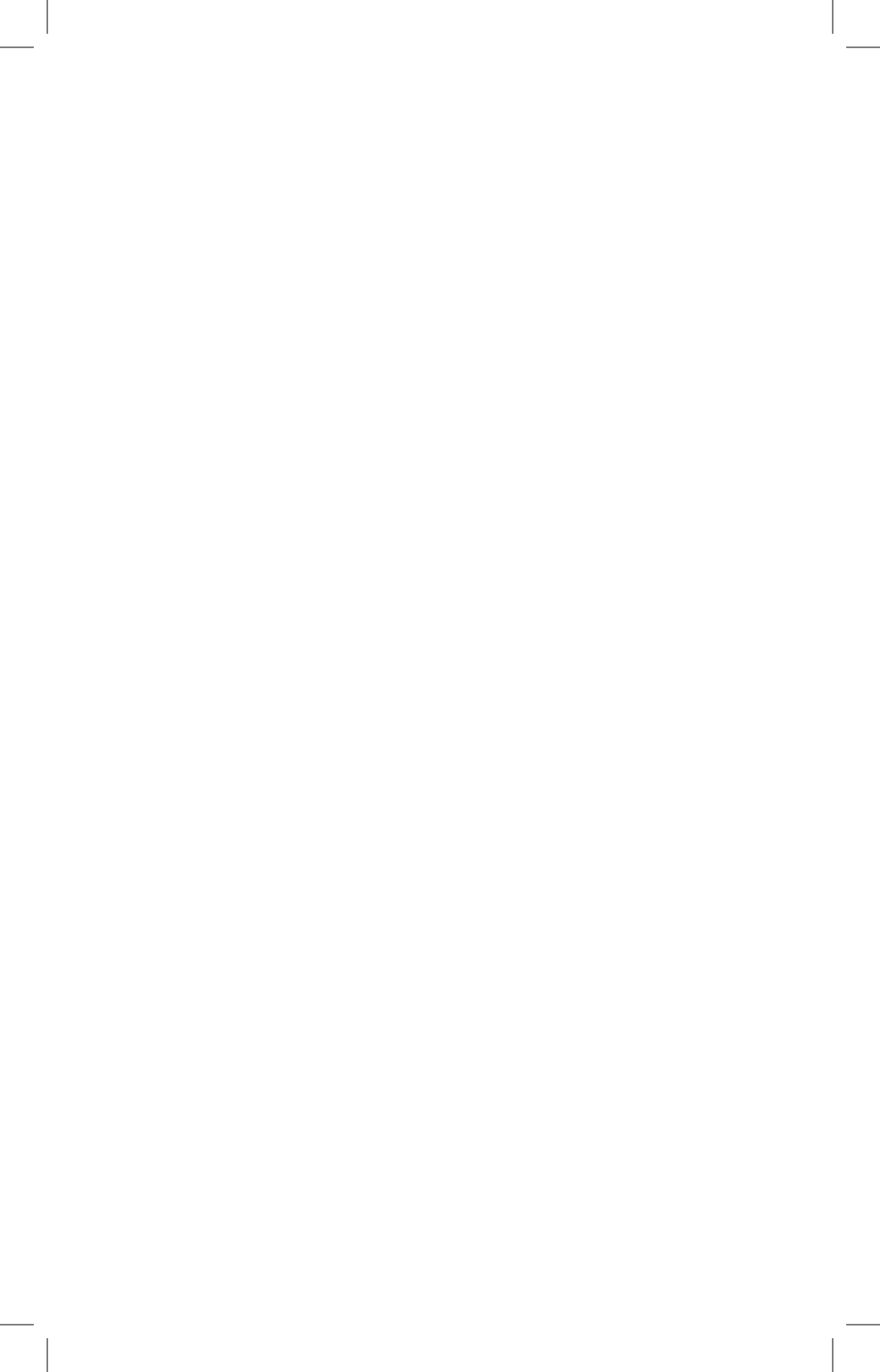
en ellos se llegue a lo fantástico. Es un libro que hace daño con sus espantos sepulcrales, sus carnicerías locas, su olor a carne quemada, a cadaverina y a pólvora. Bloy se batió con el alemán de soldado raso; y odio como el suyo al enemigo, no lo encontraréis. *Sueur de sang* fue ilustrado con tres dibujos de Henry de Groux, macabros, horribles, vampirizados.

Robusto, como para las luchas, de aire enérgico y dominante, mirada firme y honrada, frente espaciosa coronada por una cabellera en que ya ha nevado, rostro de hombre que mucho ha sufrido y que tiene el orgullo de su pureza: tal es León Bloy.

Un amigo mío, católico, escritor de brillante talento, y por el cual he conocido al Perseguidor, me decía: «Este hombre se perderá por la soberbia de su virtud, y por su falta de caridad». Se perdería si tuviese las alucinaciones de un Lamennais, y si no latiese en él un corazón antiguo, lleno de verdadera fe y de santo entusiasmo.

Es el hombre destinado por Dios para aclamar en medio de nuestras humillaciones presentes. Él siente que «alguien» le dice al oído que debe cumplir con su misión de Perseguidor, y la cumple, aunque a su voz se hagan los indiferentes los «príncipes de Sodoma» y las «archiduquesas de Gomorra»; tiene la vasta fuerza de ser un fanático. El fanatismo, en cualquier terreno, es el calor, es la vida: indica que el alma está toda entera en su obra de elección. El fanatismo es soplo que viene de lo alto, luz que irradia en los nimbos y aureolas de los santos y de los genios.

RUBÉN DARÍO.
Los raros, 1896.



*De un experto
en demoliciones*



ADVERTENCIA DEL EDITOR SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN

El libro que ponemos hoy a disposición del público es una recopilación de artículos publicados en diversos periódicos parisinos, principalmente en *Le Chat Noir*. Todo el mundo conoce el famoso *cabaret* homónimo donde se edita, desde hace tres años, el periódico más singular y dinámico de nuestra época.

Editamos *De un experto en demoliciones* sin ninguna intención publicitaria, tan sólo con el propósito de mostrar al público un talento con una originalidad extraordinaria y una independencia absoluta, justo en el momento en que comienza para su autor la tan esperada fama.

Nuestra pretensión es simplemente esa. Respetamos tan a rajatabla el talento de don León Bloy que no le hemos exigido la más mínima rectificación en sus consideraciones y opiniones, que muchos encontrarán exageradas, injustas y quizá ofensivas. Por otra parte, es probable que don León Bloy se hubiera opuesto a nuestras sugerencias.

Por tanto, declaramos por anticipado que no compartimos en absoluto las opiniones o consideraciones aquí expuestas y que nos atenemos a nuestra estricta labor de editores y mercaderes de curiosidades literarias.



AL ENÉRGICO, FIEL E IMPÁVIDO BARÓN
DEL SANTO-IMPERIO DE LA FANTASÍA;
AL GENTILHOMBRE CABARETERO

RODOLPHE SALIS

*Fundador de Le Chat Noir y descubridor
de quien firma estas páginas*

Mi querido Rodolphe:

Esta dedicatoria no es en absoluto una chanza de gusto reprehensible. Tampoco es una treta para hacer que me lean ni un reclamo para tu famoso *cabaret*, eso lo sabes de sobra. Es un acto de justicia, es una deuda pendiente, nada más. Yo me encontraba en la oscuridad, hundido en el fango, en la nada. Tú me has levantado, me has dado apoyo y me has reconfortado, y heme aquí cuasi célebre. Sea cual sea mi destino de escritor, no olvidaré que tú, generoso y osado, has sido quien me ha abierto una puerta que todo el mundo cerraba, con un estrépito de terror o un chirrido de desdén, al ver la imagen de este vagabundo famélico.

Me has descubierto y me has salvado. Con el cinismo del agradecimiento y el delirio crónico de la amistad, he querido encabezar con tu nombre este libro escrito en tu casa, para ti, gracias a ti, con un ostensible desprecio hacia todo lo que la rumiante multitud de animales que se creen nuestros jueces pueda decir o pensar.

Las cosas que aquí se recogen y que conoces bien, ya que en gran parte están inspiradas por ti, al menos tienen

a su favor que son sinceros puntapiés en el sucio trasero de muchos de mis contemporáneos. Ése es el mérito principal de mis trabajos en *Le Chat Noir* y el único del que considero que puedo sentirme orgulloso. En el fondo, y tú lo sabes, soy dócil e ingenuo, a pesar de que los poetas pirenaicos estén totalmente convencidos de lo contrario. Pero era necesario que me adaptara a mi siglo de la manera que fuera y ésta es la única que he encontrado.

El verdadero Léon Bloy ha escrito muchas otras cosas que no se pueden imprimir bajo ningún concepto. Todos los católicos y los no católicos se alzarían sobre sus patas traseras para berrear en su contra. En estos escritos sin nombre hay sangre de tigre y lágrimas de perro sin amo. Hay un corazón enfermo, un corazón moribundo, un corazón que enterramos y que late golpeando su ataúd. Una armonía endemoniada en la ausencia esencial de armonía. Un delirio de entusiasmo como jamás hubo otro sobre esta tierra contaminada por tantos hocicos literarios que buscan las trufas de la gloria. Literatura de un escéptico en literatura y de un ateo de la gloria humana, que no considera que cien mil frases merezcan una lágrima del corazón y que daría todos los esplendores de Bizancio por esta Margarita del Evangelio que es un gesto de misericordia.

Tú entiendes que el periodismo, tal y como lo solemos concebir, me resulte imposible. La prueba está más que hecha. Haría falta un director de periódico que viera en mí un monstruo, que tuviera la idea de exhibirme como si fuera un espécimen curioso de la teratología religiosa y literaria. Quizá entonces me permitieran desarrollarme libremente como una gibosidad milagrosa. Tú has realizado ese desembalaje y esa exposición mientras has podido.

De lo contrario, ¿qué habría hecho yo? Para convertirse en un trabajador de cualquier oficio, lo primero es no despreciarlo, y yo desprecio el periodismo del señor Sarcey,¹ por ejemplo, o de don Jules Vallès,² hasta tal punto que cuento con este desprecio para santificarme.

Considera, amigo Rodolphe, que soy un comunero convertido al catolicismo. ¿Acaso no lo sabías? Pues yo te informo. Antes de mi conversión no obtuve gloria alguna en la tierra y no conseguí incendiar más que mi corazón, lo cual no causó grandes daños a los heroicos comerciantes del sitio. Fui un comunero la víspera, al igual que otros han sido conservadores al día siguiente, y mi nombre no brilla en ninguna lista de mártires.

Cuando tienes el alma tan fuerte como para seguir siendo un canalla en estos tiempos revueltos, es algo que puede torturarte. Es cierto que ésa no fue una de las defeciones menores que la granujería intransigente de esta segunda mitad de siglo deba lamentar. Desde mi mirada de apóstata, el incendio de varios monumentos públicos y de una pequeña cantidad de propiedades privadas, la caída de la Columna,³ el degollamiento de cientos de enemigos del pueblo y otras bufonadas conocidas en todo el

¹ Francisque Sarcey (1827-1899), periodista y crítico de teatro. Su estilo fue parodiado por el fumista, y entonces amigo de Bloy, Alphonse Allais, quien incluso firmaba sus artículos con el nombre de *Francisque Sarcey* o de *Sarcisque Francey*. [Nota de la Traductora]

² Jules Vallès (1832-1885), periodista, escritor y político de izquierdas. Formó parte de la Comuna de París y fue condenado a muerte, por lo que tuvo que exiliarse a Londres. [N. de la T.]

³ Se refiere a la columna Vendôme, situada en el centro de París. Fue erigida por Napoleón Bonaparte tras la victoria de Austerlitz. En 1871 fue derribada durante la insurrección de la Comuna. [N. de la T.]

planeta fueron el resultado, extremadamente lamentable y absolutamente indigno, de la justicia de las revoluciones.

Por mi parte, aspiraba a algo más. Las trescientas mil cabezas del señor Marat⁴ no me habrían bastado y el petróleo habría solicitado en vano mi apoyo. La igualdad democrática establecida desde abajo debía, en mi opinión, alcanzar un nivel social suficiente como para que sólo quedaran bajo el sol los Cenagosos y los Podridos. Para mí, la cerceñadura ideal partía, como una flecha topográfica, desde la aristocracia de supuesta virtud —es decir, el sacerdocio— y se dirigía directamente, después de haber pasado por la aristocracia del dinero que desaparecía en el mar Rojo, hasta la aristocracia de la Grosería triunfante y los altos barones de la Crápula hereditaria.

Cualquier superioridad, cualquier despunte humano debía caer, precipitarse y desaparecer en la cloaca de una promiscuidad definitiva cuya llegada no habían osado soñar los utopistas más atrevidos de la fraternidad revolucionaria.

La Iglesia debía ser confiscada por las sucias manos de un pueblo desengañado. La fe antigua de los hombres, esa higuera fecunda que extiende ramas eternas sobre su viejo tronco mutilado, sería arrancada del suelo de la sagrada libertad de una vez por todas. Si arrancarla no fuera suficiente, quemaríamos la tierra que rodea las raíces y sabríamos, por fin, si es verdad que no hay poder de exterminación capaz de vencerla.

⁴ Jean-Paul Marat (1743-1793), médico, periodista y político durante la Revolución francesa. Afirmó que para consolidar la revolución había que cortar trescientas mil cabezas. [*N. de la T.*]

Éstas eran, mi querido Rodolphe, las dulces y serenas ideas que estaban en mi interior, cuando vine a encontrarme con un grandísimo artista del que se supone que soy alumno, el cual, mientras atravesaba el mastodonte del orgullo con una flecha veloz, me miró fijamente como una lechuza piadosa en la puerta resplandeciente de la Iglesia de Jesucristo.

Así pues, aquí me hallo anclado desde hace quince o dieciséis años. Sí, pero mi naturaleza no ha cambiado. La necesidad de lo absoluto ha permanecido y mi hambre espiritual no ha hecho más que viajar de Canaán a Egipto, que es el país de las Esfinges y los cocodrilos. Ahora bien, tú sabes que el movimiento levanta el apetito y hoy estoy todavía más rabioso que ayer. En el fondo, no cabe duda de que mi socialismo frenético no era más que una percepción muy lejana, muy oscura y muy inconsciente de un ideal de sociedad religiosa que no debía darse cuenta de mi futuro catolicismo. El mundo cristiano me asqueaba tanto que llegué a temblar ante el espantoso misterio de una Redención que ha costado lo que ya sabemos y que, después de dieciocho siglos, es totalmente ignorada por diecinueve veinteavos de la raza humana y arrastrada por el resto a la inefable basura de las hipocresías, de los reniegos, de las cobardías y de los sacrilegios.

Tú aprecias —¿no es así?— la dulzura de esta visión única, continua, siempre agravada por el análisis implacable del moralista más desencantado y por la avidez más inaudita de una Belleza divina que no aparece nunca sobre este glóbulo de estiércol donde el gran Job no tuvo más remedio que rascarse la lepra con los fragmentos de una jarra con la que la gloriosa Pecadora derramó en otros tiempos perfumes sobre la cabeza del Hijo de Dios.

Por último, a todo esto se le añade además el demonio lírico. Me acompaña alguien que no deja de susurrarme que la vida debe ser, por supuesto, una continua persecución, que todo hombre valiente debe ser un perseguidor y que esa es la única manera de ser un verdadero poeta. Perseguidor de sí mismo, perseguidor del género humano, perseguidor de Dios. Quien no lo es, ya sea en acto o en potencia, no es digno de respirar.

El poeta, dicen mis voces, es el más sublime de los perseguidos y el más impaciente de los perseguidores. Esquilo, Dante, Shakespeare y Byron son Dioclecianos brillantes e inmortales. ¿Es usted poeta? Muy bien, pues que el alma humana aülle bajo sus pies, en sus brazos oprimentes y convulsos y dentro de su corazón despedazado por el buitre de la Inspiración. No diga jamás: «¡Tal vez así sea demasiado furibundo!», porque usted se estaría juzgando, se estaría midiendo en cierta manera y el Poeta, cuando contempla la Poesía, debe perder cualquier juicio, cualquier medida, cualquier repliegue sobre sí mismo. Lo único que puede hacer es precipitarse y perderse en ella, como un torrente en la catarata.

Si la Belleza le persigue y le devora, devore también usted lo que le rodea, como un palacio en llamas que lanza flechas, ríos, mantos de llamas a su alrededor. Perseguido desde arriba, persiga usted toda la creación y canse al mismo cielo con sus clamores.

Las almas heroicas son las únicas que un noble poeta puede aspirar a conquistar y esas almas, cuando la experiencia las ha sometido a esta tortura de la nulidad de la vida, son las arpas de Eolo suspendidas sobre lo más inaccesible y salvaje del desierto. Las únicas que las hacen vibrar

son las águilas heridas y sangrantes que lleva el viento cuando se precipitan por última vez y baten sus alas desesperadamente contra el suelo antes de morir.

Seamos pues, si podemos, esas águilas, esos violentos, esos apasionados, esos infatigables, esos mártires, esos perseguidos y esos perseguidores, y comprendamos al fin que la asombrosa Palabra es siempre verdadera: *Regnum caelorum vim patitur et violenti rapiunt illud*.⁵

Te tiendo las manos, amigo Salis. Como redactor de *Le Chat Noir*, debía incluir muchas locuras en un átomo de verdad y he aquí mi dedicatoria. No he encontrado un modo de ser más insensato que éste.

L.B.

Enero de 1884.

⁵ «El Reino de los Cielos se alcanza con la fuerza y los violentos son quienes lo arrebatan». [N. de la T.]



EL ENTUSIASMO EN ARTE

SONATA ROMÁNTICA A MODO DE PREFACIO

Si hubiera sido inmortal, Madame de Staël tendría hoy casi ciento diez años, y no me cabe duda de que ese horrible destino la atormentaría, como a Calipso. No porque se fuera a acordar del Ulises de su juventud, ya maltrecho por desgracia, sino porque ¡con qué profunda amargura e invencible hastío los Telémacos de la literatura moderna saturarían su caducidad senil!

Madame de Staël habló del entusiasmo con la elocuencia expresiva de las setenta y siete pasiones ardientes que llevaba consigo. Habló del entusiasmo como las santas hablaban del amor divino que las consumía. Salamandra de sus propios sentimientos, fue el ejemplo extraordinario de una arrolladora existencia femenina justo en medio de una explosión de esplendores morales que purifican su recuerdo y que hacen que hoy nos parezca casi inocente.

La más alejada de la perversidad entre las mujeres, su corazón fue siempre más grande que su vida, más grande que su talento y que sus errores, más grande que *todo*, y ese corazón ardía con una llama inextinguible que irradiaba luz al cielo por encima de las cabezas de las serpientes que se enroscaban en los árboles de su Edén. El entusiasmo fluía

y refluía sin cesar en su alma con ruidos atronadores, con clamor de multitudes, con toques de rebato, con cánticos, con estruendos subterráneos y hosannas en los espacios luminosos del cielo; el entusiasmo del orgullo y el entusiasmo de la humildad; el entusiasmo por María Antonieta la guillotizada; el entusiasmo por Benjamin Constant, ese Trissotin⁶ del jacobinismo atemperado; el entusiasmo *contra* Napoleón, ese Dios mortal de los Despreciables invencibles; el entusiasmo por Rousseau, ese pedante melancólico y paternal; el entusiasmo por Necker, ese claro de luna del lado obscuro de Gibbon o de Beccaria; el entusiasmo por Roma o por Inglaterra; por Alemania o por Rusia, por la Revolución o por las monarquías, por los hombres y por las cosas, por las ideas y por las sensaciones; ¡el entusiasmo hacia todo, incomprendible, irreprimible, eterno! En eso consiste esta vida, absurda para el pensamiento pero casi sublime para el corazón. Para hablar de entusiasmo, he nombrado en primer lugar a esta mujer. En este caso, ningún otro nombre de este siglo podría preceder al suyo en mi pensamiento. Madame de Staël fue la gran apasionada, la gran Sibila del entusiasmo, y por eso hay que mencionarla al principio de un prefacio escrito sólo para constatar con desesperación la ausencia radical y esencial de entusiasmo de nuestro tiempo.

Después de ella, en efecto, no veo que quede entusiasmo en el mundo. Esta admirable mujer colgó, como san Goar, su manto de un rayo de sol y, cuando el sol se

⁶ Personaje de la obra de teatro de Molière *Las mujeres sabias* (1672), de carácter pedante e interesado en el dinero de las mujeres más que en su erudición. [N. de la T.]

puso, el manto cayó al suelo. Ninguna otra mujer ha recogido estas viejas formas con las que los hombres han fabricado una alfombra. Ni el mismo Genio se agachó por tan poco. Ha habido poetas, no obstante, algunos muy grandes. Pero no ha habido entusiastas, más que de manera intermitente y a sacudidas.

El entusiasmo es un Dios en el corazón y, cuando el corazón está colmado de entusiasmo, se eleva sin remedio sobre la vida y sobre el mundo, muy por encima de todo lo que ama, de todo lo que ve, de todo lo que juzga, en lo empíreo de su propio sueño interior. Es el movimiento sublime por el cual los sentimientos disimulados y adormecidos del alma humana estallan de repente en la vida moral y resueñan en todos los actos exteriores de la vida física. Es una lámpara encendida colocada fisiológica y psicológicamente bajo el pensamiento, como si estuviera debajo de una vasija llena de líquido helado y lo calentara, lo purificara, le diera color y lo volviera sutil sin llegar jamás a consumirlo. El entusiasmo, en definitiva, es una pasión vital superior y un divino descontento ante las condiciones inflexibles de la vida normal. Amar no es nada, el burgués más simple es capaz de amar, pero sólo un héroe puede hacerlo con entusiasmo, ¡y eso es lo más hermoso que se puede hallar en este mundo abrupto por donde campa el ser humano desde hace seis mil años!

El entusiasmo, cuando se escapa de un alma incapaz de contenerlo, se expande por cualquier obra literaria; no existe entonces una literatura que deje un rastro de especulación, de sofismo, de lógica, de gramática humana en el espíritu de la Pitonisa cuando el Dios ha llegado y arde en ella sobre el trípode oracular. Es un grito, es un sollozo, es

un estertor, es todo un arrebato de clamores salvajes cuyo desorden demuestra su poder, que revelan, por la profundidad del abismo de donde surgen, la formidable presencia del Espíritu sobrenatural que los inspira.

El alma entusiasta es un alma liberada que puede permitirse hablar sola y en la que los prejuicios, las objeciones y las reprobaciones del pensamiento se quedan sin fuerza mientras dure la vibración sobrenatural. Es un estado de embriaguez, pero de embriaguez divina, que no altera ni envilece la razón aunque la arrastra como el águila que se lleva al hijo del rey en la tempestad, en el trueno, en los espacios ilimitados que extienden la mirada de Dios hasta nuestro planeta.

Después de todo, ¿qué es la literatura, la literatura *a secas*, sin entusiasmo? Es el más vil de los servilismos y la más deshonrosa de las invenciones embrutecedoras. Es la acrobacia del pensamiento sin la excusa del sustento, pues la atiborramos de miseria a todos los niveles, si es que no le añadimos el negocio lucrativo del embaucamiento político o del escándalo irreligioso y pornográfico, pues ya sabemos que la literatura moderna apenas se dedica a otra cosa. Atea, hija de ateas, madre de ateas, tres veces sacrílega, setenta y siete veces marquesa de la lujuria y de la impiedad, esta literatura se ha convertido en algo parecido al vómito de los siglos sobre el estiércol definitivo del pensamiento y del lenguaje. Pido perdón por estas expresiones horribles, aunque, si tenemos a bien recordar los últimos trabajos del señor Zola, por ejemplo, autoridad reconocida y aclamada por toda la nueva escuela, ¿quién se atrevería a encontrarlas injustas o exageradas?

Un escritor católico de espíritu brillante, el señor Barbey

d' Aurevilly, decía que Hércules no podría volver a limpiar los establos de Augías después de que Zola hubiera pasado por allí. Esta literatura ha surgido como una supuración infecta del absceso horrible que el siglo XVIII tomaba por una adiposidad y que ha acabado reventando con la Revolución. Yo respondo que, aunque haya envenenado la tierra, todavía no ha terminado. El señor Zola se topará con alguien más mezquino todavía que lo devorará. Por desgracia, no hay pomada para un mal semejante y no encuentro un modo de resignarse a unas bajezas tan absolutas.

No, mil veces no, yo no me resigno, no acepto este silencio abominable del corazón ante cuestiones en las que, para algunos hombres, está involucrada toda la vida moral. Cuando pienso que se ha vuelto casi imposible encontrar en los libros más modernos, escritos casi todos por jóvenes, ya no digo algo de entusiasmo, sino el más imperceptible movimiento de generosidad, me da la impresión de que ya no nos queda otra que romperles la pluma con rabia, mandar al diablo la literatura y a los literatos y refugiarse, como en los tiempos de los bárbaros, en una soledad infinita donde poder olvidarse del mundo.

¡Pero si nuestros padres, nuestros padres burgueses de 1830, valían mil veces más que nosotros! Se apasionaban con algunas cosas. Creían en el general Foy y en Béranger; brillaban en el templo de la Libertad; se aglomeraban por don Victor Hugo; adoraban la columna de Julio y pedían a gritos la eliminación de la miseria. Era algo inefablemente tonto, era idiota, incluso criminal, pero, a fin de cuentas, todavía había alma, alma humana; había movimiento y vida. Y todavía podían considerarse jóvenes, coronarse con las rosas de la esperanza y profetizar maravillas.

Pues bien, una sociedad sin *promesas* puede desaparecer del todo, puesto que lo consiente cobardemente y el alma la abandona por completo. Sólo pido que me dejen maldecirla por ello y renegar de ella, al igual que ella, desde hace mucho tiempo, ha renegado de mi Dios y ha pretendido que yo también renegara de él. Reclamo, en nombre del sentido común más rudimentario, que me permitan considerar absurdas, contradictorias y escandalosamente imbéciles las adoradas pretensiones de mis queridos amigos los jóvenes. Quieren hacer arte y belleza literaria y seguir siendo modernos en su forma de pensar y en sus costumbres, es decir, permanecer al margen de todas las condiciones intelectuales y psicológicas sin las cuales es imposible, humana y experimentalmente, cualquier belleza creativa. Quieren estar sin Dios y no sufrir. Es una tontería tan simple como esa.

¡Pero qué idiotas y siniestros sois! ¿No sabéis que estáis repitiendo una banalidad que hace que se encojan de hombros los más mediocres y los más aberrantes sofistas que hayan jamás levantado sus cabezas de reptiles contra Dios? ¿Nunca nadie os ha enseñado que un hombre que expresa así sus principios está condenado irremediabilmente a no poder publicar jamás y a no poder aportar un solo artículo y que, literariamente, estéticamente, este asunto, que ni siquiera tiene el honor de ser un entimema como es debido, no es más que la zapatilla universitaria y filosófica más desgastada, más remendada y más solada que jamás haya sumergido el innoble pie de un pedante demente en el arroyo del libre pensamiento?

¿Es que tenéis la razón tan deplorablemente contaminada? ¿Os ha desaparecido del cerebro la facultad elemen-

tal de asociar dos ideas simples, de una forma tan lamentable que ni siquiera os resulta posible percibir que tenéis la cabeza justo en el eje del martillo de la locura que os va a aplastar contra el yunque inmóvil del consentimiento universal del género humano? Habláis de disfrutar y ni siquiera poseéis el triste talento de gozar con intensidad de vuestro voluptuoso paganismo, del que no habéis inhalado más que unas viejas frases, sin retener su esencia *diabólica*, debido a que no era compatible con la educación más o menos cristiana que os habían dado. Ahora bien, ¡esta razón os deshonra, porque pone en evidencia la mentira de vuestro ateísmo y la charlatanería perversa de vuestro infantilismo eterno!

Donoso Cortés le decía a los hombres más temibles: «Hagáis lo que hagáis, no conseguiréis ser nada más que unos malos católicos». Respecto a la literatura, o más bien al Arte, ya veréis si es fácil cuando no se ha sufrido y no se quiere sufrir. No puede cambiarse la naturaleza de las cosas y no está decidido que los poetas felices sean sublimes. El Dolor es la mismísima esencia de la belleza en poesía y la Poesía es una porfirógénetica nacida en la púrpura de la sangre del corazón de los poetas. Que esta sangre brote del llanto de sus ojos o que se derrame por su costado desgarrado, que se precipite por los pozos más escondidos y misteriosos de sus almas o que surja de las heridas abiertas de sus cuerpos mortales es en todo caso el mismo rocío fecundante del genio avaro que los inspira y que nutre su inmortalidad.

El Dolor es algo tan grande, tan sustancialmente santo y sublime, que la imaginación humana no ha inventado nada que lo iguale para domar la libertad de los corazones.

El ser humano —decía el más grande de los oradores modernos— se habría indignado con Roma si ésta hubiera permitido a César morir como los demás hombres; la gloria de César es tan grande que merecía la corona de un gran infortunio. Morir tranquilo en su cama, ataviado con el poder soberano es algo que apenas se le permite a un Cromwell. Napoleón debía morir de otro modo, debía morir derrotado en Waterloo; era necesario que, proscrito por Europa, fuera introducido en la tumba cavada para él con la mano de Dios desde el inicio de los tiempos; era necesario que hubiera entre él y el mundo una fosa ancha y profunda, una fosa que pudiera albergar el océano.

El hombre posee una afinidad misteriosa, una preferencia absoluta que lo convierte en el contemporáneo eterno de la Belleza divina y que le otorga el increíble privilegio de tiranizar las almas mediante la admiración mucho tiempo después de haber dejado de existir sobre la tierra. Esta afinidad se llama Dolor; es tan profunda, tan auténtica, tan pronunciada y está tan encallada en la conciencia de su ser que es, para su imaginación e incluso para su pensamiento, como una especie de polo donde confluyen todos los meridianos de la vida moral y el eje mismo de su libertad.

Los cristianos lo explican así, es más, lo explican todo así. El «varón de dolores», prefigurado por el «hombre de deseo», se encuentra en la cima de su fe, y toda verdad, toda virtud, toda belleza, toda grandeza desemboca en él y se lleva a cabo en él. En consecuencia, todo debe someterse al dolor y la incomparable magnificencia del cristianismo

consiste precisamente en haber edificado la vida humana sobre este individuo ensangrentado. Los tumultos ocultos del corazón, las contradicciones del pensamiento, las angustias más terribles, lo espantoso de los senderos de la vida, todo se resuelve con el derramamiento de la sangre del ÚNICO, a quien el entusiasmo de su amor ha consumido hasta la muerte.

En cualquier dolor terrestre existe, como en el infierno, la *pena de daño* y la *pena de sentido*. El sacrificio único de la Cruz ha venido para liberarnos de la primera, la más terrible de las dos, aquella que ahoga la esperanza. Cualquier dolor sufrido por un cristiano está entonces exento de esta Indefinición aterradora, de este recoveco insondable del sufrimiento que antes debía parecer tan espantoso y que lo sigue pareciendo a ojos de los incrédulos que, por no verla, se precipitan hacia la muerte. La doctrina católica recoge todas las posibilidades de dolor humano en los límites infranqueables de un dolor divino, absoluta y sintéticamente perfecto. Y como este dolor es el resultado de un movimiento infinito de piedad combinado con el movimiento contrario de una prodigiosa prevaricación —puesto que se trata de remediarlo sin destruir la libertad del hombre—, es evidente que no puede producirse en su totalidad más que acompañado del entusiasmo perpetuo de un amor sin límites. Eso es lo que el lenguaje católico denomina de forma enérgica *la locura de la Cruz*.

Si, como se ha dicho con elocuencia, «la corona de laurel es una señal de dolor», también podemos decir que la corona de dolor es una señal de realeza que se adapta a la verdadera grandeza mucho mejor que cualquier otra diadema terrestre. El hombre siempre será el fiel esclavo

del dolor. Lo convertirá en su belleza, en su fuerza y en su gloria. Se valdrá de él siempre que le haga falta un átomo de libertad, como los prisioneros se valen de sus cadenas para derribar las puertas de su prisión. El dolor es un diamante de Golconda, tan exuberante que roza la más extravagante profusión. Con él adoquinamos nuestras ciudades y carreteras, e incluso los caminos vecinales solitarios de los campos más apartados. Con él construimos nuestras casas y palacios. La columna de la plaza Vendôme es un monolito de este mineral humano inestimable. Es tan valioso que resulta imposible renunciar a él y tan ordinario que hace falta poseer entendimiento para percatarse de su valor. Cuando aparece un gran hombre, pregúntenle antes de nada dónde está su dolor. Hay veces que no se ve a la primera, pues planea a gran altura por el cielo, pero es el ave rapaz más atenta y más rápida y sobre ella se apoyan las sandalias de Júpiter.

El Viernes Santo, en la puerta occidental de Jerusalén, se demostró al mundo que el Amor no era suficiente por sí mismo si no es irreflexivo, delirante, apasionado, agonizante y crucificado. El cristianismo enseña que había un Dios que obraba así y la palabra *Entusiasmo* es justo la que significa *un Dios en el corazón*. Primogénito del Dolor, el Amor intenso llama, por tanto, al Entusiasmo y éste a su vez llama a la Belleza suprema. El mundo entero no puede hacer nada en contra de un objeto adorado, ya sea glorioso o infame, cuando es adorado de verdad, pues el entusiasmo es irreductible y el dolor es su alimento. Se trata de la plenitud del alma más perfecta y de la condición absoluta de toda magnificencia y esplendor. En la Poesía y el Arte, un hombre sin entusiasmo, es decir, que no

tiene Dios y desconoce el sufrimiento, no tiene nada que hacer, carece incluso del derecho a existir. Un escritor que no dice nada a nuestras almas es el más vil de los esclavos y el más indignante de los histriones. Profana el lenguaje humano —¡el lenguaje que Dios ha hablado!— y es culpable del crimen misterioso que el Evangelio de los cristianos declara imperdonable.

En cuanto a mí, ya se sabe que no espero nada aparte del catolicismo más desinteresado. Es necesario regresar a él o morir. Pienso que la humanidad está acabada, gastada, podrida, agonizante. Sé que Dios le puede devolver la fuerza y la vida a través de un milagro. Pero, de forma *natural*, todo está perdido, quemado, revuelto; sobre todo en Francia, donde el abuso de todos los dones se ha llevado hasta límites insospechados, y podemos afirmar sin temeridad que ni los Naturalistas ni los Parnasianistas podrán reinstaurar el orden esencial. Lo único que querría, antes de morir, es que me permitieran contemplar una vez más a un entusiasta, a un fanático, a un adorador de algo...